

CAPÍTULO 14

El día pasó lentamente, seguido por una noche de insomnio, y otro día más largo aún. Ella esperaba a alguien, pero nadie apareció por la casa. Cayó la tarde y llegó la noche.

Una lluvia glacial suspiraba y rezumaba a lo largo de los muros, el viento soplaba en la chimenea; bajo el entarimado se movía algo, haciendo ruido. El agua goteaba del tejado, y el triste golpeteo de las gotas al caer se fundía, de un modo extraño, con el tictac del reloj. Parecía que la casa entera vacilaba, se debilitaba, indiferente a todo, fija en su angustia...

Llamaron al cristal: un golpe, dos...

La madre estaba acostumbrada a esta señal y ya no la asustaba, pero esta vez una alegre punzada en el corazón la hizo estremecerse. Una vaga esperanza la hizo saltar del lecho. Echándose un pañolón sobre los hombros, fue a abrir la puerta.

Entró Samóilov y, tras él, otro hombre que escondía la cara en el cuello levantado del abrigo y llevaba el gorro calado hasta las cejas.

—¿La hemos despertado? —preguntó Samóilov, sin saludarla; contra su costumbre, tenía el aire sombrío y preocupado.

—No dormía —dijo ella; y, en silencio, clavó sobre los visitantes unos ojos llenos de ansiedad.

El compañero de Samóilov, con un profundo suspiro ronco, se quitó el gorro, tendió a la madre una ancha mano de dedos cortos, y le dijo cordialmente, como a una antigua amiga:

—Buenas noches, madrecita. ¿No me reconoce?

—¿Es usted? —exclamó Vlósova, en una súbita explosión de alegría—. ¿Egor Ivánovich?

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—En carne y hueso —dijo éste, inclinando su gruesa cabeza, de cabellos largos como los de un pope.

Una franca sonrisa iluminaba su rostro redondo; sus ojitos grises envolvían a la madre en una mirada afectuosa y clara. Parecía un samovar: panzudo, bajito, cuello grueso y cortos brazos, le brillaba el rostro radiante, bufaba ruidosamente, y en su pecho, de continuo, gorgoteaba algo, con ronco silbar.

— Pasen al cuarto, ¡en seguida me visto! —dijo la madre.

—Tenemos algo que decirle —dijo Samóilov preocupado, mirándola de reojo

Egor Ivánovich entró en la habitación y desde allí empezó a hablar:

— Hoy por la mañana, madrecita querida, ha salido de la cárcel Nikolái Ivánovich, a quien usted conoce.

—¿Estaba preso?

—Cinco meses y once días. Ha visto al jojol y a Pável, que le mandan saludos; su hijo le ruega que no se preocupe por él, pues en el camino que eligió, la cárcel sirve siempre de lugar de descanso; así lo han decidido nuestras autoridades, celosas de nuestro bienestar. Ahora, madre, vamos al grano. ¿Sabe a cuántas personas han detenido ayer aquí?

—¡No! Pero, ¿es que han detenido a alguien, además de a Pável?

—¡Él es el número cuarenta y nueve! — la interrumpió Egor Ivánovich con calma—. Y cabe esperar que la policía encierre a otra docena. Por ejemplo, a este caballero, entre otros...

—Sí, a mí también — confirmó Samóilov sombrío.

Vlásova, aliviada, sintió que le era más fácil respirar. «No está solo allí», pensó en un relámpago.

Cuando se hubo vestido, volvió a la habitación y dirigió a sus huéspedes una valerosa sonrisa.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Seguramente no los tendrán allí mucho tiempo, si son tantos...

—Cierto — asintió Egor Ivánovich —. Y si nos las ingeniamos para aguarles la fiesta, se quedarán con las manos vacías. Se trata de esto: si nosotros, ahora, dejamos de propagar nuestros folletos en la fábrica, los gendarmes sacarán conclusiones, y lo achacarán a Pável y a los camaradas que se encuentran con él, reclusos en la cárcel

—¿Cómo? ¿Por qué? —gritó la madre, alarmada.

—Es muy sencillo —dijo dulcemente Egor—. A veces, hasta los gendarmes razonan con exactitud. Piense usted: cuando Pável estaba libre, había folletos y hojas; no está él, ¡y se acabaron los folletos y las hojas! ¿Qué quiere decir? Que era él quien los repartía, ¿no? Entonces, los gendarmes empezarán a actuar: a los gendarmes les gusta hacer picadillo a la gente, de modo que no quede de ella más que menudencias.

—¡Comprendo, comprendo! —dijo ella, angustiada—. ¡Dios mío! ¿Qué se puede hacer?

Samóilov elevó la voz.

—Los muy cerdos han detenido a casi todo el mundo. Ahora tenemos que seguir trabajando como antes, no sólo por la causa, sino para salvar a los camaradas.

—Pero no hay nadie para hacer el trabajo —añadió Egor, con una risita—. Tenemos folletos excelentes; yo mismo los he hecho. Pero lo que no sé es cómo meterlos en la fábrica.

—Ahora registran a todo el mundo al entrar —dijo Samóilov.

La madre adivinó que algo querían de ella, y preguntó con viveza:

— Bueno, entonces, ¿qué? ¿Qué hacemos?

Samóilov se detuvo en el umbral de la puerta y dijo:

— Usted, Pelagueia Nílovna, conoce a la vendedora Korsunova...

—Sí, ¿y qué?

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Háblele: ella puede hacer pasar la propaganda.

La madre hizo con su mano un gesto negativo.

—¡Oh, no! Es una charlatana, ¡no! Se sabría que fui yo..., que esto viene de mi casa, ¡no, no!

Y de pronto, iluminada por una repentina idea, dijo en voz baja:

—¡Dénmelos a mí, dénmelos! Yo lo arreglaré. ¡Yo misma encontraré una salida! Le pediré a María que me tome de ayudanta. ¡Si necesito ganarme el pan, debo trabajar! ¡Yo llevaré la comida a los obreros! ¡Ya me las voy a arreglar!

Apretándose las manos contra el pecho, se apresuró a afirmar que todo lo haría bien, sin ser notada, y concluyó triunfalmente:

— Ya verán que, aunque Pável no está, su mano llega incluso desde la cárcel, ¡ya verán!

Los tres se sintieron más animados. Egor sonreía y se frotaba vigorosamente las manos:

—¡Bravo, madrecita! Si usted supiera lo que esto significa... Sencillamente, ¡admirable!

—Si sale bien, me sentiré tan contento en la cárcel como en un sillón — afirmó Samóilov, frotándose también las manos.

—¡Pelagueia, es usted un tesoro! —añadió Egor con su ronca voz.

La madre sonrió. Para ella estaba claro: si las hojas aparecían en la fábrica, la dirección admitiría que no era su hijo quien las distribuía. Y, sintiéndose capaz de asumir la tarea, se estremeció de júbilo.

— Cuando vayas a visitar a Pável —dijo Egor a Samóilov—, dile que tiene una madre extraordinaria.

—Lo veré pronto, te lo aseguro —prometió riendo Samóilov.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

La madre le agarró la mano y dijo tiernamente:

—¡Dígale que haré todo, todo lo que sea necesario! ¡Quiero que él lo sepa!

—¿Y suponga que no lo meten preso? —dijo Egor señalando a Samoïlov.

—¡Qué le vamos a hacer!—respondió ella.

Los dos hombres soltaron la carcajada. Y ella, comprendiendo su estupidez, se echó también a reír bajito y turbada, con un poco de picardía.

—Uno tiene bastante con sus propias preocupaciones como para pensar en los demás —dijo bajando la vista.

—Es muy natural —exclamó Egor—. Y en cuanto a Pável, no se inquiete, ni se ponga triste. Saldrá de la cárcel mejor de lo que entró. Allí se descansa, se lee, se estudia, lo que nosotros no tenemos tiempo de hacer cuando nos encontramos en libertad. Yo, por ejemplo, estuve preso tres veces, sin gran placer, desde luego, pero me ha reportado, indudablemente, provecho para la inteligencia y para el corazón..

—Respira usted con dificultad —dijo ella, mirándolo amistosa al rostro ingenuo.

—Tengo mis razones particulares —explicó él, alzando un dedo—. Bueno, entonces, ¿queda decidido, madrecita? Mañana le traeremos los materiales y de nuevo empezará a girar la sierra que desgarrar las tinieblas seculares. ¡Viva la palabra libre y el corazón de las madres! Mientras tanto, ¡hasta la vista!

—Hasta la vista — dijo Samóïlov apretando con fuerza la mano de la madre—. A mí no me pasa lo mismo: yo, a mi madre no puedo decirle ni una palabra de todo esto.

—Todos acabarán por comprender — contestó Vlásova, para consolarlo.

Cuando se marcharon, cerró la puerta y, se arrodilló en medio de la habitación y, arrullada por la lluvia, comenzó a rezar. Oraba sin palabras, uniendo en un solo pensamiento a todos aquellos que, por Pável, habían entrado en su vida. Era como si pasaran entre ella y los íconos; pasaban todos, sencillos, tan extrañamente próximos los unos a los otros; y tan solos.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Al día siguiente, muy temprano, fue a ver a María Korsunova. La vendedora, siempre manchada de grasa, siempre alborotadora, la acogió con simpatía.

—¿Estás triste? —le preguntó, dando con su mano grasienta unas palmadas en el hombro de la madre—. No te inquietes. ¡Se lo han llevado: buen lío! No hay mal en ello. Antes, metían en la cárcel por robar; ahora, empiezan a meter por decir las verdades. Quizá Pável ha dicho lo que no debía decir, pero dio la cara por todos, y todo el mundo lo comprende, no te preocupes. No todos lo dicen, pero las personas honradas lo saben. Quise ir a tu casa, pero ya ves, no tengo tiempo. No hago más que cocinar y vender, y, moriré hecha una mendiga. Mis amantes son más fuertes que yo. Comen y comen como cucarachas devorando un pan. En cuanto ahorro diez rublos, aparece alguno de esos herejes, saca la lengua, ¡y se los zampa! Es una desgracia ser mujer. ¡Qué asco de vida! Vivir sola es duro, y ser dos, es aguantar palos.

—¡Pues yo venía a pedirte que me tomaras de ayudanta! —respondió Vlásova, interrumpiendo su charlatanería.

—¿Cómo es eso? —preguntó María; y después de escuchar a la amiga, asintió con la cabeza.

—Puede hacerse. ¿Te acuerdas cuántas veces me escondiste de mi marido? Bueno, ahora te esconderé yo de la miseria. Todos deben ayudarte, porque tu hijo sufre por una causa que es de todos. Es un buen muchacho: todos lo dicen y lo compadecen. Yo no creo que estos arrestos traigan nada bueno a los jefes de la fábrica, ¿no ves lo que ocurre? No están contentos, querida. En la dirección se dicen «se ha herido al hombre en el talón: no podrá andar mucho». Pero el resultado es que, por diez que se han alcanzado, hay centenares encolerizados.

Las dos mujeres se pusieron de acuerdo. Al día siguiente, a la hora del almuerzo, Pelagueia estaba en la fábrica con dos ollas llenas de un guiso hecho por María, en tanto que María, por su parte, iba a vender al mercado.

CAPÍTULO 15

Los obreros repararon en seguida en la nueva vendedora. Algunos se le acercaban y le decían, para animarla:

—¿Has encontrado trabajo, Nílovna?

Y la consolaban, asegurándole que Pável estaría pronto libre; otros le inquietaban el apenado corazón con palabras de condolencia, y otros denostaban con rabia al director y a los gendarmes, y esta cólera encontraba eco profundo en su pecho. No faltaban quienes la mirasen con maligno placer, e incluso el punzador Isái Górbov le dijo entre dientes:

—Si yo fuese el gobernador, haría ahorcar a tu hijo. Así aprendería a no desviar al pueblo del buen camino.

Esta odiosa amenaza la heló con un frío mortal. No contestó a Isái, se limitó a echar una ojeada sobre su rostro estrecho, cubierto de pecas, y bajó los ojos suspirando.

En la fábrica había agitación: los obreros se reunían en pequeños grupos, discutían entre sí a media voz; preocupados, los capataces rondaban por todas partes, y a cada momento resonaban insultos y excitadas risas..

Pelagueia vio pasar junto a ella a Samóilov, entre dos policías. Llevaba una mano en el bolsillo y pasaba la otra por sus cabellos, de un rubio cobrizo. Los seguía un centenar de obreros, llenando a los guardias de burlas e improperios:

—¿Vas de paseo, Grisha? —gritó alguien.

—¡Qué honra para los obreros! —dijo otro—. Tenemos guardaespaldas...

Y lanzó un insulto rotundo.

—¡Por lo visto, ya no es buen negocio pescar a los ladrones! —gruñó encolerizado uno grande y tuerto—. ¡Empiezan a joder con la gente honrada!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Y si por lo menos lo hiciesen de noche!! —prosiguió otra voz entre la multitud—. Pero, ¡no les da vergüenza, en pleno día, los canallas...!

Los policías marchaban presurosos, sombríos, esforzándose en no ver nada, como si no oyeran los insultos con que les acompañaban. Les salieron al paso tres obreros llevando una gran barra de hierro y, amenazándoles con ella, les gritaron:

—¡Cuídense, pescadores!

Al pasar junto a Vlásova, Samóilov movió la cabeza sonriendo y le dijo:

—¡Me atraparon!

Ella guardó silencio y se inclinó profundamente ante él: la conmovían aquellos jóvenes honrados, serenos, que iban a la cárcel con la sonrisa en los labios; y sintió alzarse en su alma un compasivo amor de madre hacia ellos.

De vuelta de la fábrica, estuvo hasta el anochecer en casa de María, ayudándola en su trabajo y oyendo su charla, y, ya tarde, regresó a su casa vacía, sin calor, inhóspita. Anduvo mucho tiempo yendo y viniendo de un lado para otro, metiéndose en todos los rincones, sin encontrar sosiego en ninguna parte, ni saber qué hacer. Estaba inquieta al ver que pronto sería noche cerrada y que Egor Ivánovich no traía los folletos que le había prometido.

Tras la ventana danzaban los pesados copos grises de la nieve de otoño. Se adherían suavemente a los cristales, se deslizaban sin ruido y se fundían, dejando una huella húmeda. La madre pensaba en su hijo.

Llamaron a la puerta con cautela. Pelagueia corrió vivamente a abrir el cerrojo y entró Sáshenka.. Hacía tiempo que la madre no la veía, y lo primero que le chocó fue el anormal engrosamiento de la muchacha.

—Buenas noches —dijo, feliz de tener compañía y no pasar tan sola aquella parte de la velada—. Hace mucho que no la veía. ¿Estaba de viaje?

— No, he estado en la cárcel —dijo la joven sonriendo—. Con Nikolái Ivánovich, ¿se acuerda de él?

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Cómo podría olvidarlo! —exclamó la madre—. Egor me ha dicho ayer que lo habían soltado, pero de usted, yo no sabía... Nadie me dijo que usted estaba...

—¡Bah! ¿para qué hablar de eso? Tengo que cambiarme mientras viene Egor — dijo la muchacha, mirando a su alrededor.

—Está usted toda empapada...

—He traído las hojas y los folletos.

—¡Démelos, démelos! —le pidió la madre con premura.

La muchacha se desabrochó rápidamente el abrigo, se sacudió y, con leve susurro, como las hojas de un árbol, empezaron a caer, esparciéndose por el suelo, fajos de papeles. Mientras los recogía, la madre dijo riendo:

—¡Y yo, que al verla tan gorda, pensé que se había casado y esperaba un hijo!; Todo lo que ha traído! ¿No habrá venido a pie?

—Sí — repuso Sášhenka, de nuevo tan esbelta y delgada como antes. La madre observó que tenía las mejillas hundidas y circundados de oscuras ojeras los ojos inmensos.

—Acaban de ponerla en libertad, debería descansar —dijo la madre moviendo la cabeza—. Y en vez de eso...

—¡Es necesario! Dígame, ¿cómo está Pável Mijáilovich? ¿No está demasiado deprimido?

Hablaba sin mirar a la madre: inclinando la cabeza arreglaba sus cabellos con dedos temblorosos.

—¡No! Por supuesto que aguantará. Él no acostumbra a mostrar sus sentimientos.

—Tiene buena salud, ¿verdad? —preguntó muy bajo la muchacha.

—Nunca ha estado enfermo. ¡Cómo tiembla usted! Voy a darle té con confitura de frambuesa.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡No estaría mal! Pero, no se moleste. Es tarde. Déjeme que lo prepare yo misma .

—¿Con lo cansada que está? —replicó la madre en tono de reproche, y comenzó a preparar el samovar. La siguió Sáshenka a la cocina, se sentó en el banco y, llevándose las manos a la nuca, continuó:

—De todas maneras, la prisión agota. ¡Maldita inacción! No hay nada tan martirizador. Sabiendo todo lo que hay que hacer, estar allí, enjaulada, como una fiera...

—¿Quién los recompensará por todo esto?

Y, luego de un suspiro, se contestó a sí misma:

—¡Nadie más que Dios!;Seguramente usted tampoco es creyente?

—No —dijo secamente la joven, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, pues no le creo —declaró la madre, con una súbita animación. Y limpiándose con el delantal las manos tiznadas de carbón, siguió diciendo con convicción profunda:

—Ustedes no conocen su propia fe. ¿Cómo puede vivirse una vida así, sin creer en Dios?

En el zaguán resonaron fuertes pasos y una voz empezó a refunfuñar, estremeciendo a la madre. La muchacha se puso en pie de un salto y, muy quedo, le dijo a la madre con premura:

—¡No abra! Si son los gendarmes, usted no me conoce. Me he equivocado de casa y he entrado aquí por casualidad, me desmayé, usted me desabrochó el vestido y encontró los folletos, ¿comprende?

—Querida mía, ¿ Y por qué?— preguntó la madre conmovida.

—¡Espere! — dijo Sáshenka prestando oído —. Me parece que es Egor.

Efectivamente, era él, empapado y abrumado de cansancio.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Ah, ah! ¡Un buen samovar! —gritó—. ¡Esto es lo mejor que hay en el mundo, madre! ¿Está ya usted aquí, Sáshenka?

Y llenando la pequeña cocina con el ronco sonido de su voz, se quitó lentamente el pesado abrigo y continuó, sin tomar aliento:

—¡Bueno, madre, aquí tenemos a una señorita muy arisca con las autoridades! Como la insultó un carcelero, declaró que se dejaría morir de hambre si no se le presentaban excusas, y durante ocho días no comió: faltó nada para que saliese con los pies por delante. Y de mi barriguita, ¿qué dicen ustedes? No está mal, ¿verdad?

Charlando, y sosteniendo con sus cortas manos el vientre deforme, que pendía desmesuradamente, entró en la habitación, cerró la puerta y prosiguió hablando..

—¿De veras que estuvo sin comer ocho días?—preguntó la madre asombrada.

—Fue necesario, ¡para que me pidiera perdón!—respondió la muchacha, estremecidos los hombros de frío. Su calma y su austera obstinación, suscitaban en el alma de la madre un sentimiento mezclado de reproche. «Así son...», pensó, y preguntó de nuevo:

—¿Y si hubiese usted muerto?

—¡Qué le íbamos a hacer! —replicó en voz baja la muchacha—. De todas maneras se disculpó. No debe perdonarse una ofensa.

—Sí, sí... —dijo lentamente la madre—. Pero a las mujeres, la vida nos ofende siempre.

—¡Ya he descargado! —declaró Egor, abriendo la puerta—. ¿Está listo el samovar? Permítanme, voy a buscarlo. —lo tomó y lo trajo a la habitación, diciendo: —Mi digno padre no bebía menos de veinte vasos de té al día, y por eso pasó en este bajo mundo setenta y tres años sin enfermedad y tranquilísimamente. Pesaba ocho puds y era sacristán en el pueblo de Voskresénskoie .

—¿Es usted hijo del Padre Iván? — preguntó sorprendida la madre.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Exactamente. ¿Pero cómo lo sabe?

—Porque yo también soy de Voskresénskoie.

—¿Somos paisanos? ¿De qué familia es usted?

—Vecina suya. Soy una Sereguin.

—¿Es usted la hija de Nil, el cojo?? Yo lo conozco: me tiró de las orejas más de una vez...

Estaban de pie, uno frente al otro y, bajo el fuego cruzado de preguntas y respuestas, se reían. Sáshenka los miraba sonriendo, mientras echaba el té en el agua hervida. El ruido de la vajilla hizo volver a la madre a la realidad.

—¡Ay, perdón! Hablo y hablo... ¡Pero es tan agradable encontrar un paisano!

—Soy yo quien tiene que pedirle perdón por disponer como dueña. Pero son ya las once, y tengo que ir lejos.

—¿Adónde tiene que ir? ¿A la ciudad? —se extrañó la madre.

—Sí.

—¿Cómo? Es de noche, llueve y usted está rendida. Quédese a dormir aquí. Egor Ivánovich se acostará en la cocina y nosotras dos ahí.

—No, tengo que irme —dijo sencillamente la muchacha.

—Sí, paisana, es preciso que esta señorita desaparezca. Aquí la conocen ¡y no estaría bien que la vieses mañana en la calle! — apoyó Egor.

—¿Cómo? ¿Y se va a ir sola?

—¡Pues claro! —dijo Egor, esbozando una sonrisa.

La muchacha se sirvió té, tomó un pedazo de pan de centeno, le echó un poco de sal y empezó a comer, mirando pensativa a la madre.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¿Cómo son ustedes capaces de marcharse? Usted, y Natasha hacía igual... ¡Yo no iría, me daría miedo!

—¡A ella también le da miedo! —dijo Egor—. ¿No es verdad, Sáshenka?

— ¡Naturalmente! —contestó la muchacha.

La madre miró sucesivamente a ambos y exclamó muy bajo:

—¡Qué duros son ustedes!

Cuando terminó de beberse el té, Sáshenka estrechó en silencio la mano de Egor y salió a la cocina, seguida por la madre, que iba a acompañarla hasta la puerta. En la cocina, Sáshenka le dijo:

— Cuando vea a Pável Mijáilovich, ¡salúdalo de parte mía!, se lo suplico.

Tenía ya la mano en el picaporte de la puerta, cuando se volvió bruscamente y preguntó a media voz:

—¿Puedo darle a usted un beso?

Sin responder, la madre la abrazó y la besó calurosamente.

—¡Gracias! —dijo la muchacha y, agachando la cabeza, salió a la calle.

De nuevo en la habitación, la madre lanzó una ojeada de angustia por la ventana. En las tinieblas, caían pesadamente los húmedos copos de nieve.

—¿Se acuerda usted de los Prósorov? —preguntó Egor.

Sentado, con las piernas separadas, soplaba ruidosamente en el vaso de té. Su rostro estaba rojo, sudoroso, satisfecho.

—Sí, los recuerdo —dijo ella absorta, yendo hacia él con su andar oblicuo. Se sentó, fijó en el hombre una mirada triste, y dijo en tono compasivo:

—¡Ay! ¡Pobre Sáshenka! ¿Cómo va a llegar hasta allí?

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Se cansará mucho —asintió Egor—. La cárcel la ha quebrantado; antes era más fuerte... Además, se crió entre mimos... Me parece que ya tiene los pulmones tocados.

—¿De qué familia es? —preguntó muy bajo la madre.

—Es hija de un terrateniente. Su padre es un crápula, como ella dice. ¿Sabe, madrecita, que querían casarse?

—¿Quiénes?

— Ella y Pável. Pero no lo logran nunca... ¡Cuando él está en libertad, ella está en la cárcel, o al revés!

—¡No lo sabía! —respondió la madre, después de una pausa—. Pável nunca habla de sí mismo.

Ahora le daba más lástima la joven, y mirando con involuntario reproche a su huésped, le dijo:

—¡Tendría que haberla acompañado!

— No podía hacerlo —respondió él tranquilamente—. Tengo muchas cosas que hacer aquí, y me hará falta todo el día para caminar, caminar... Ocupación poco grata, con el asma que padezco.

—Es una buena muchacha — dijo la madre vagamente, pensando en lo que Egor acababa de comunicarle. Le dolía enterarse de aquello por una persona extraña, en vez de por su hijo. Apretó fuertemente los labios y sus cejas descendieron sobre los ojos.

—¡Muy buena! — dijo Egor asintiendo con la cabeza—. Ya veo que le da lástima. ¡Hace mal! No habrá corazón que le aguante si va a ponerse a compadecernos a todos los revolucionarios. La vida es dura para todos, esa es la verdad. Mire, no hace mucho, uno de mis camaradas volvió del destierro. Cuando pasó por Nijni-Nóvgorod, su mujer y su hijito lo esperaban en Smolensk, y cuando llegó Smolensk, ellos ya estaban presos en Moscú. Ahora le ha tocado a la mujer el turno de marchar a Siberia. Yo también tuve mujer, una excelente persona, pero cinco años de esta vida la llevaron al cementerio...

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Vació de un trago su vaso de té y continuó hablando. Enumeró sus años y meses de prisión y de destierro, contó diferentes desgracias, los apaleamientos en la cárcel, el hambre en Siberia. La madre lo miraba y lo escuchaba, admirándose de la tranquila sencillez con que pintaba aquella vida llena de sufrimientos, de persecución, de humillaciones...

— Bueno, ¡hablemos de nuestro asunto!

La voz se transformó y la expresión se hizo grave. Le preguntó primero cómo pensaba introducir los folletos en la fábrica, y Pelagueia se asombró de la precisión con que conocía todos los detalles

Cuando terminaron, volvieron a evocar su aldea natal. Mientras Egor bromeaba, Pelagueia vagaba soñadora por su pasado: los años le parecían extrañamente semejantes a un pantano, sembrado de iguales montoncillos de turba, plantado de arbustos que temblaban medrosos, de pequeños abetos y blancos abedules perdidos entre los otros. Los abedules crecían lentamente, y tras permanecer cinco o seis años en aquel terreno movedizo y pútrido, caían para pudrirse a su vez. La madre contemplaba el cuadro, presa de una dolorosa piedad. Ante ella, veía una silueta de muchacha, de rostro duro y obstinado. Marchaba bajo los copos de nieve, cansada, sola. Y el hijo estaba en la cárcel. Quizá no durmiese aún, quizá meditara. Pero no pensaría en ella, su madre, porque ya había alguien más querido aún. Como nubes de reflejos multicolores y formas inestables, sombríos pensamientos ascendían hacia ella y oprimían su corazón con fuerza.

—Está cansada, madrecita. Vamos a acostarnos —dijo Egor sonriendo.

Ella le dio las buenas noches y entró en la cocina, con su andar oblicuo, silenciosamente, llevando en su corazón aquella hiriente amargura.

Por la mañana, mientras tomaban el té, Egor le preguntó:

—Y si la atrapan y le preguntan dónde ha obtenido todos esos heréticos folletos, ¿qué va a decir?

— Les diré: ¡Eso no les importa a ustedes!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

— Sí, pero ellos no se conformarán con su respuesta, ¡de ninguna manera! — replicó Egor—. Están plenamente convencidos de que, precisamente, eso les importa muchísimo. Y la interrogarán con insistencia, y durante mucho tiempo.

—¡Y no diré nada!

—Pues la llevarán a la cárcel.

— Bueno, ¿y qué? Gracias a Dios, ¡al menos serviré para eso! —dijo ella suspirando—. ¿Quién me necesita a mí? Nadie. Y dicen que no torturan...

—¡Hmmm! —dijo Egor, después de mirarla, atentamente—. Torturarla, no la van a torturar... Pero una mujer buena como usted, debe cuidarse.

—No es usted el más indicado para darme lecciones —dijo la madre con amarga sonrisa.

Por un instante, Egor guardó silencio, dio unos pasos por la habitación y se acercó a ella:

—¡Es duro, paisana! Sé hasta qué punto es duro para usted.

—Lo es para todos —respondió ella con un gesto de la mano—. Quizá es más fácil para los que comprenden... Pero yo también voy comprendiendo poco a poco lo que quieren las personas buenas...

— Pues si lo comprende, madrecita, ¡es usted necesaria para todos! —dijo Egor con seriedad.

Ella lo miró y sonrió en silencio.

A mediodía, tranquila y práctica, se metió en el seno los folletos con tal destreza, que Egor chasqueó la lengua satisfecho y dijo:

—¡Sehr gut! —como dice todo buen alemán, cuando bebe un bock de cerveza—. A usted, madre, no la ha cambiado la literatura. Sigue siendo una buena mujer, entrada en años, gruesa y de elevada estatura. Que los innumerables dioses la bendigan en su iniciación.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Media hora más tarde, tranquila y segura, encorvada por el peso de su carga, estaba a la puerta de la fábrica. Dos guardias, irritados por las burlas de los obreros, cacheaban sin miramientos a todos los que entraban en el patio, cambiando insultos con ellos. Un poco apartados, estaban plantados un policía y un hombre de piernas delgadas, cara roja y mirada huidiza. La madre, cambiándose de un hombro a otro el balancín con las ollas, observaba a aquel hombre con el rabillo del ojo, adivinando en él a uno de la secreta.

Un muchacho alto, de cabellos rizados, el sombrero sobre la nuca, gritaba a los guardias que lo registraban:

—¡Malditos! ¡Busquen de la cabeza, no en los bolsillos!

Uno de los guardias, respondió:

— Tú en la cabeza no tienes más que piojos.

—Pues búsqúenlos: es todo lo que saben hacer.

El de la secreta le echó una rápida mirada y escupió con desprecio.

—¿Me dejan pasar? —dijo la madre—, ya ven cómo vengo de cargada: ¡tengo rota la espalda!

—¡Entra, entra! —le gritó furioso el guardia—. También ésta se mete a razonar .

La madre llegó a su puesto, dejó en el suelo sus ollas de sopa y, limpiándose el sudor del rostro, miró en derredor.

Inmediatamente dos cerrajeros, los hermanos Gúsev, se le acercaron, y Vasili, el mayor, preguntó en voz alta, frunciendo las cejas:

—¿Tienes empanadas?

—Las traeré mañana —respondió ella.

Era la contraseña convenida. El rostro de los hermanos se iluminó. Incapaz de dominarse, Iván, el más joven, prorrumpió:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Ah, madre, eres una buena mujer...

Vasili se puso en cuclillas mirando a la olla de sopa, y al instante, un fajo de hojas de papel se deslizó bajo su camisa.

—Iván —dijo en voz alta—, no vayamos a casa. Vamos a comer aquí. —Y escondió rápidamente los folletos en la caña de sus botas—. Hay que ayudar a la vendedora nueva.

—¡Cierto! —aprobó Iván, y rompió a reír.

La madre miraba atentamente en torno suyo, y de cuando en cuando, gritaba:

—¡Sopa! ¡Fideos calentitos!

Y sacando subrepticamente los folletos, paquete tras paquete, los deslizaba en la mano de los Gúsev. Cada vez que los folletos se deslizaban de sus dedos, ante ella se encendía una mancha amarilla, como la llama de un fósforo en una habitación oscura: la cara del oficial de gendarmería; y ella se decía mentalmente, con perverso júbilo:

—Toma, por ti, hijo mío...

Al entregar el paquetito siguiente, añadía satisfecha:

—Toma, ahí va otro...

Cuando los obreros se acercaban con su plato en la mano, Iván Gúsev estallaba en sonoras carcajadas, y Vlásova, tranquilamente, interrumpía el reparto y servía sopa de coles y de fideos, mientras que los Gúsev bromeaban:

—Es hábil, la Nílovna.

—La necesidad enseña a cazar ratas —dijo un fogonero con aire sombrío—. Se han llevado a quien te sostenía... ¡Canallas! Dame tres kopeks de pasta. No te preocupes, madre. Saldrás adelante.

—Gracias por sus buenas palabras. — dijo la madre sonriéndole.

El obrero se alejó gruñendo:

—¡Qué pueden valer mis buenas palabras...!

Vlásova voceó:

—¡Sopa calentita! ¡Fideos! ¡Sopa de coles!

Y pensaba en cómo contaría al hijo su primera prueba, y ante ella surgía continuamente el rostro amarillo del oficial, maligno, perplejo. Los negros bigotes se le movían desconcertados, y bajo el labio superior, contraído en rictus de cólera, brillaba el marfil de sus dientes apretados. En el pecho de la madre la alegría cantaba como un pájaro, las cejas le temblaban con picardía, y ella continuaba cumpliendo hábilmente su misión, diciendo para sus adentros:

—¡Toma, ahí va otro más...!

CAPÍTULO 16

Por la noche, mientras tomaba su té, resonó ante la ventana el ruido de los cascos de un caballo en el barro, y se oyó una voz conocida. La madre se levantó de un salto desde la cocina a la puerta: alguien atravesaba a grandes zancadas el zaguán. A la madre se le nublaron los ojos y, apoyándose en el montante, empujó la puerta con el pie.

—¡Buenas noches, madrecita! —dijo una voz que ella conocía bien, y unas manos secas y largas, se posaron en sus hombros.

A un tiempo brotaron en su corazón la pena del desencanto y la alegría de ver a Andréi. Brotaron y se fundieron en un solo y gran sentimiento que, abrasador, la envolvió como una ola caliente y la levantó para arrojarla sobre el pecho de él. Éste la abrazó con fuerza, sus manos temblaban. La madre lloraba en silencio. Él le acarició los cabellos y le dijo, con voz cantarina:

—No llore, madrecita, no agote su corazón. ¡Palabra de honor que pronto lo dejarán libre! No tienen ninguna prueba contra él, y los muchachos callan como pescados fritos...

El brazo en torno a los hombros de la madre, la condujo a la habitación; apretándose contra él, ella enjugó las lágrimas de su rostro con un vivo gesto de ardilla, y todo su ser, ávido de escuchar lo que Andréi iba a decirle, aspiraba sus palabras.

— Pável la abraza. Está bien y todo lo alegre que puede estar. ¡En la cárcel no cabe un alma más! Han detenido a más de cien personas, entre los nuestros y los de la ciudad; en cada celda meten a tres o cuatro hombres. Los jefes de la cárcel no son malos: son buena gente pero están desbordados; ¡esos demonios de gendarmes les han dado tanto quehacer...! Por eso no son muy severos, no hacen más que decir: «Vamos, señores, calma: no nos busquen conflictos.» De modo que no está mal. Se charla, se intercambian libros, se comparte la comida... ¡Es una buena cárcel! Muy vieja, y sucia, pero por lo menos es tranquila, no se altera la bilis. Los presos comunes también son gente buena y nos ayudan mucho. Han soltado a Bukin, a mí

y a otros cuatro más. Y pronto pondrán en libertad a Pável, ¡eso es más que seguro! El que va a estar más tiempo es Vesovchikov, porque están furiosos contra él. ¡No hace más que insultarlos a todos continuamente! Los gendarmes no lo pueden ni ver. Acabarán por procesarlo, o le darán una paliza. Pável trata de calmarlo: «¡Cállate, Nikolái! No se volverán mejores con tus insultos.» Pero él masculla. «Arrancaré de la tierra esta carroña.» Pável se comporta bien, se mantiene sereno, firme. Pronto lo soltarán, se lo digo yo...

—¡Muy pronto! —dijo la madre, tranquilizada y sonriente—. ¡Sí, muy pronto, lo sé!

—¡Y está muy bien que usted lo sepa! Bueno, écheme té y cuénteme cómo ha pasado estos días.

La miraba, sonriendo todo él, tan bondadoso, tan íntimo; en los ojos redondos de Vlásaova brilló una amorosa chispa, un poco triste.

—¡Lo quiero mucho, Andriusha! —dijo la madre con un profundo suspiro, mirando aquel rostro demacrado, cómicamente cubierto de oscuros mechones de pelo.

—Con un poco me conformo. Ya sé que me quiere. Usted puede amar a todo el mundo: tiene un gran corazón —dijo el jojol, balanceándose en su silla.

—¡No, a usted lo quiero más que a los otros! —insistió ella—. Si usted tuviera madre, la gente la envidiaría por tener un hijo así.

— En alguna parte, yo también tengo madre... —dijo él en voz muy baja.

—Y, ¿sabe lo que he hecho hoy? —exclamó ella; y tartamudeando de satisfacción, le contó vivamente, exagerando un poquito, cómo había hecho pasar los folletos a la fábrica.

Al principio, Andréi abrió mucho los ojos, lleno de asombro; luego, soltó la carcajada, extendió las piernas, tamborileó con los dedos en la cabeza y exclamó lleno de júbilo:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Oh, oh...! Pero, ¡no es broma! ¡Es un asunto serio! ¡Lo contento que se va a poner Pável! ¿Eh? ¡Ha hecho usted una buena obra, madre! ¡Una obra buena para Pável y para todos!

Entusiasmado, chasqueaba los dedos, silbaba, se balanceaba todo él, radiante de alegría, encontrando en el alma de la madre un eco potente y pleno.

—¡Andriusha, querido mío! —comenzó a decir, como si se le hubiera abierto el corazón y brotasen de él, saltarinas, igual que un manantial, las palabras, llenas de apacible alegría —. He pensado en mi vida. ¡Señor mío! ¿Para qué he vivido? Los golpes..., el trabajo..., no he visto a nadie más que a mi marido, ni he conocido otra cosa que el miedo. Ni siquiera he visto cómo crecía Pável. ¿Lo quería mientras vivió mi marido? Ni siquiera lo sé. Todos mis cuidados, todas mis preocupaciones, se referían a una sola cosa: alimentar a aquella bestia para que estuviese satisfecho y repleto, servirle a tiempo para que no se encolerizase y me pegara..., que me respetase al menos alguna vez. Pero no recuerdo que me haya respetado nunca. Me pegaba como si, en lugar de a su mujer, golpeara a todos aquellos contra quienes estaba irritado. Veinte años he vivido así, y ya no recuerdo cómo era yo antes de mi matrimonio. Ha estado aquí Egor Ivánovich; somos de la misma aldea, él ha hablado de esto y de lo otro; recuerdo las cosas, recuerdo las personas, pero cómo vivía la gente, de qué hablaban, qué le ocurrió a éste o aquel, ¡lo he olvidado! Recuerdo los incendios, dos incendios... Lo demás, se alejó de mí: tengo el alma, cerrada como una casa en ruinas, ciega, sorda...

Tomó aliento y respirando ávidamente, como el pez sacado del agua, se inclinó y continuó, bajando la voz:

—Cuando murió mi marido, me aferré al hijo, pero él comenzó a ocuparse de... estas cosas. Entonces, me pareció mal, y sentía lástima por él... Si él se perdía, ¿cómo iba a vivir yo? ¡La de temores y angustias que he pasado...! El corazón se me desgarraba al pensar en su suerte...

Guardó silencio, movió suavemente la cabeza y prosiguió con gravedad:

—El amor de las mujeres no es puro. Amamos lo que tenemos necesidad de amar. Y, mire, cuando pienso que usted suspira por su madre..., ¿qué necesidad tiene de ella? Y todos los demás que sufren por el pueblo, que van a la cárcel o son deportados a Siberia, que mueren... Esas muchachas que caminan solas por la noche,

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

por el barro, bajo la nieve y la lluvia, y que andan siete verstas para venir desde la ciudad aquí, ¿qué las empuja, qué las mueve? ¡Aman! ¡Ese sí que es amor puro! ¡Tienen fe! ¡Tienen fe, Andriusha! En cambio yo no puedo querer así. Yo quiero lo que es mío, lo que me toca, ¡lo que me es cercano!

—Sí puede —dijo el jojol, que, sin mirarla, se rascó la cabeza, se frotó la mejilla y los ojos enérgicamente, según su costumbre—. Todos aman lo que les es cercano, pero para un gran corazón, todo es cercano. Usted puede amar mucho. Su gran corazón maternal...

—¡Si Dios quiere! —dijo ella en voz baja—. ¡Me doy cuenta de que es bueno vivir de este modo! A usted, por ejemplo, lo quiero, quizá más que a Pável. ¡Él es tan reservado...! Mire usted, quiere casarse con Sáshenka, y a mí, que soy su madre, no me ha dicho nada...

—¡No es cierto! Yo lo sé. ¡No es cierto! Él la ama, y ella a él, es verdad. Pero, ¡no se casarán, no! Ella querría, pero Pável no quiere...

—¿Cómo es posible? —dijo la madre, pensativa, y su mirada triste se dirigió nuevamente a Andréi—. ¿Cómo es eso? Las personas renuncian a sí mismas...

—¡Pável es un hombre extraordinario! —dijo Andréi en voz queda—. Una naturaleza férrea.

— Y ahora, ya ve usted, ¡está en la cárcel! — continuó la madre, sumida en sus pensamientos—. Alarma, da miedo, pero ya no es como antes. La vida no es ya la misma, ni el miedo tampoco; yo me alarmo por todos. Mi corazón también es otro, el alma ha abierto los ojos, mira, siente pena pero también alegría. Comprendo muy pocas cosas, y es para mí tan duro, tan amargo, que ustedes no crean en Dios... En fin, es así y no hay nada que hacer. Sin embargo, veo que son gente buena, ¡buena! Se han comprometido a una vida penosa, por el pueblo: a una vida dura, por la verdad. Su verdad yo también la comprendo: mientras haya ricos, el pueblo no tendrá nada, ni justicia, ni alegría, ¡nada! Ahora vivo entre medio de ustedes, y, a veces, de noche, recuerdo mi vida pasada, mi fuerza pisoteada, mi joven corazón aplastado, y siento una amarga compasión por mí misma Pero de todos modos, la vida es ahora mejor para mí. Me veo mejor...

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

El jojol se levantó y, tratando de no hacer ruido con los pies, empezó a pasear por la habitación; alto, seco, pensativo.

—Lo que ha dicho está bien. Está bien... Había en Kerch un muchacho judío que hacía versos, y un día compuso unos que decían: *Y a los inocentes ejecutados los resucitará la fuerza de la verdad*. Fue muerto por la policía, en Kerch, pero eso no tiene importancia. El sabía la verdad y la sembró con abundancia entre los hombres. Y usted es también una criatura inocente, condenada a muerte...

—Aquí estoy hablando —continuó la madre—, hablo, me escucho y no me creo a mí misma. En toda mi vida no pensé sino en una cosa: cómo esquivar el día, al margen, desapercibida, con tal de que no me maltrataran. Y ahora pienso en todo el mundo; puede que no comprenda bien las cosas de ustedes, pero todos son personas cercanas a mí, me da lástima de todos, a todos les deseo el bien. ¡Sobre todo a usted, Andriusha!

El se acercó y dijo:

—¡Gracias!

Y tomando la mano de la madre entre las suyas, la estrechó con fuerza, la sacudió, luego se separó vivamente. Fatigada por la emoción, la madre iba fregando las tazas sin apresurarse, en silencio, y un sentimiento alentador le caldeaba suavemente el corazón.

El jojol, paseando, le dijo:

—Mire, madrecita, debería ir un día a mimar un poco a Vesovchikov. Su padre está también en la cárcel; es un vejete repugnante. Cuando Nikolái lo ve desde la ventana, lo insulta. ¡No está bien eso! Nikolái es buen muchacho; le gustan los perros, los ratones y cualquier bicho viviente; pero en cambio no quiere a los hombres. ¡Hasta qué extremo se puede deformar a un ser humano!

—Su madre desapareció sin dejar rastro, su padre es borracho y ladrón—dijo Pelagueia pensativa.

Cuando Andréi fue a acostarse, la madre lo bendijo sin que él se diera cuenta y media hora después, cuando ya estaba él en el lecho, le preguntó bajito:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¿No duerme, Andriusha?

—No, ¿qué quería decirme?

—¡Buenas noches!

—Gracias, madrecita, gracias — contestó él con gratitud.